

quien diera aviso. Habían muerto cuatro de aquellos ganaderos, y el quinto, aunque herido gravemente, pudo relatar detalladamente lo sucedido, tal como lo referimos, dudando creer las autoridades tanta audacia y atrevimiento, de aquel Salomé, cuyas señas precisas dió el herido, repitiendo además las palabras que aquel dijera al alejarse.

Este fué el primer robo, el primer asalto que tuvo resonancia en el rumbo, y el primero que cometía aquel hombre, que fué más tarde el asombro entre sus mismos compañeros y el terror del Estado de Morelos.

Salomé Placencia era oriundo de Yautepec, de compleción robusta, alto, fornido, color blanco ó güero, y lampiño completamente; vestía sencillamente en comparación de sus demás compañeros y subalternos: camisa de bretaña de pechera bordada y aplanchada con muchas tablitas; calzonera de paño azul y botas de campana, dentro de las que siempre cargaba un par de puñales; usaba sombrero de lana, sin adornos de los llamados "alemanes." No lo inclinaba la miseria al robo, pues era hombre de recursos pecuniarios; era de buena familia, y estaba emparentado con la mejor sociedad de Yautepec. Aunque era sonoro el timbre de su voz, hablaba socarronamente, con ese acento de los que llamamos "payos." Sin embargo de su estatura, casi gigantesca, tenía una agilidad asombrosa, y corría á pié con la velocidad de un caballo. Diestro en el manejo de las armas, era terrible, montado en los muy briosos caballos que usaba. Lazaba, picaba, banderilleaba y capoteaba admirablemente, los más bravos toros, tanto á pié como á caballo.

Sus demás compañeros y subalternos hacían lo mismo, aunque con menos arrojo y maestría; pero todos eran unos centauros, en la agilidad asombrosa de ginetes consumados. Con excepción de Salomé Placencia, quien ya dijimos que

vestía sencillamente, de simple camisa y calzonera, todos los demás, se prodigaban un lujo escandaloso en la confección de sus trajes de charro.

Usaban pantaloneras de fino paño, con tres, cuatro y cinco vistas de abotonaduras caprichosas de plata, chaquetas bordadas con hilo de oro, y cuajados también de grandes botones y colgajos de plata maciza y flecos de galón; los sombreros cubiertos casi de galones de oro y plata; espuelas de plata; muchos de ellos; las sillas de montar, plateadas también completamente, con vaquerillos bordados de plata. Un derroche hacían de este metal, pues hasta en los estribos la usaban en grandes chapetones, así como en las cabezadas. No faltó quien le mandara poner á su caballo favorito, herraduras de plata. Cada bandido de aquellos, el menos lujoso en su vestimenta de charro, y montado á caballo, podía tener en todos sus arreos, un valor de mil pesos. Este uso escandaloso de la plata por aquellos hombres, les trajo el nombre de "Plateados"

¡Que contraste! Los bandidos de ahora se distinguen, porque visten y montan desarrapadamente, como unos pordioseros.

CAPITULO II.

Un Rapto por cuenta ajena, que aprovecha el raptor.

Uivía en el real de la Hacienda de Oacalco una bellísima joven que llevaba el nombre de Homobona Merelo. Con taba, apenas, unos diez y siete años. Era alta, esbelta y flexible como las palmas del desierto; rubia como las vírgenes

de Rafael. Sus cabellos parecían de oro, sus ojos grandes y rasgados, su nariz perfecta, su rostro ovalado, y sus labios carmíneos, como la flor del granado. Todo su conjunto era hermoso y atractivo, y los dependientes de las haciendas que la veían los días domingos en la plaza de Yautepec, se desvivían por obtener una mirada ó una sonrisa de aquella linda joven, cuyas formas esculturales podían dar envidia á las Vénus de Murillo.

Entre tantos apuestos jóvenes que la cortejaban, había obtenido la preferencia para recibir sus sonrisas, Eufemio Avalos, Purgador de la Hacienda de Atlihuayan, quien tanto insistió con apasionadas cartas y obsequios, que consiguió tener relaciones amorosas con la bella rubia.

Vivía, ésta en compañía de la madre, de los productos de un pequeño comercio, que les había dejado su esposo al morir y no sufrían niuguna clase de necesidades.

El afortunado novio de Homobona, impaciente por poseer tantos tesoros reunidos en aquella vírgen, le había suplicado muchas veces, y en la forma más apasionada, que se fuera con él, y ofreciéndole toda clase de comodidades, en una casa que le pondría en Yautepec, pero la joven, en cuyo corazón podemos decir, que no había entrado el amor, se negaba terminantemente á tales proposiciones, pretextando que no abandonaría nunca á su madre. El novio insistía, diciéndole, que vivirían juntos, trasladándose ambos á Yautepec; pero Homobona era firme en sus resoluciones, y no transigía con las pretensiones de su novio.

Hay que advertir, que en aquellos tiempos, y en aquellos rumbos, los verdaderos matrimonios eran pocos, pues en todas las clases sociales prevalecían las emancipaciones libres, es decir, sin preocuparse por que los enlaces, tuvieran como ahora la sanción civil ó eclesiástica.

Así pues, no detenían á Homobona los escrúpulos de una unión, con su novio, como generalmente se acostunbraba, sino lo que ya hemos dicho, no sentía todavía amor por ningún hombre.

Algo comprendía de esto, D. Eufemio Avalos, y se desesperaba terriblemente ante las negativas de su novia, jurando en su interior hacerla suya, aunque para ello emplease la violencia.

Pasaban los días, y D. Eufemio pensaba en planes para robar á su novia, sin decidirse por ninguno. Era hombre honrado, y le repugnaban los actos violentos, principalmente en amores; y sobre todo, no quería cargar con la responsabilidad ó crítica de la sociedad, por más que los raptos, casi eran una costumbre.

En la efervescencia de su pasión, de su amor ó de sus deseos de poseer cuanto antes al ídolo de su corazón, se le ocurrió ver á Salomé Placencia para que la robara ó la hiciera robar por los suyos á condición de simular un inmediato rescate en los momentos que huyeran con la robada, y aparecer en la fingida pelea como salvador de Homobona, el mismísimo novio, D. Eufemio Avalos, quien le entregaría anticipadamente cien pesos á Salomé Placencia, por dicho juego. Don Eufemio, pensaba, que una vez en su poder la intransigente novia, la llevaría donde él quisiese y la gratitud de ella, al arrancarla de las manos de los bandidos, la volverían dócil y amante para quedarse en su compañía.

Resuelto á poner en práctica este último recurso, que le pareció bueno, se dirige un día á Salomé Placencia, le comunica sus deseos, y su plan, y le suplica haga el favor con tales condiciones.

—Bueno, . . . amigo,—le contestó Salomé—vengan los cien pesos, y mañana mismo tendrá Ud. á la joven en la misma

Hacienda, pues no acepto ni en chanza, que mis muchachos pierdan con unos catrines y les quiten á la muchacha —sería eso una vergüenza.

Don Eufemio se conformó; acariciando la idea de que al día siguiente tendría en su poder á la dueña de sus pensamientos. Así es que contestó:—Acepto, D. Salomé, acepto, y aquí tiene Ud. los cien pesos, y le largó cinco monedas de oro de á veinte pesos cada una.

—Bueno, amigo,—volvió á decir Salomé—á las seis de la tarde estaré en la Hacienda con la joven; prevenga una habitación donde duerma.

Ya hemos dicho que D. Eufemio Avalos era Purgador de la Hacienda de Atlahuayan. En esa Hacienda vivía comunmente Salomé Placencia, por las condiciones propicias para el ataque y para la fuga, que él le juzgaba; pues encontrándose al pié de los cerros, al sur de Yautepec, sigue una sucesión interminable de montes sin poblado ninguno, hasta Cuautla, Villa de Ayala, y Tlaltizapan, pudiendo ser también, dicha hacienda un seguro é ignorado lugar de descanso, después de sus correrías por cualquier rumbo que fuese.

Volvámos al objeto de este capítulo.

Después de que se separaron nuestros contratantes, se alejó muy contento Eufemio; y Salomé se quedó diciéndo para sí: —no ha de ser cualquiera cosa la joven esa, donde me dá cien pesos el avaro de D. Eufemio por que se la robe, me dió las señas donde vive y que se llama Homobona, ya la conoceré mañana mismo.

Largo, interminable y fastidioso, fué el siguiente día para D. Eufemio. Renegaba que Salomé le hubiera puesto el plazo hasta las seis de la tarde para tener á su adorada, co-

mió poco, y de prisa; figurándose que de un momento á otro podían llegar. Desde muy temprano arregló lo mejor que pudo la habitación en que alojaría á su paloma, y con frecuencia volvía á entrar examinando todo, por si faltase algo. A las cuatro de la tarde abandonó por completo el trabajo del Purgar. A las cinco mandó un mozo rumbo á Oacalco, con la orden expresa de volverse á todo galope, luego que viera que venía D. Salomé; entre tanto volvía á subir á contemplar por décima vez el nido que había preparado á su bellísima novia, quien estaría allí á las seis, según lo convenido.

Había mandado preparar una cena apetitosa para las siete de la noche, cenarían los tres: Su novia, él y D. Salomé. Si, lo convidaría á cenar—pensaba—era muy justo.

Dieron por fin las seis de la tarde, entró nuestro hombre en una excitación grandísima; corre al portón de la Hacienda, el cual no se había cerrado por su orden, y no ve á nadie hasta donde alcanza su vista.—Es muy tarde—decía—y no vienen. Oh! ¿y si por desgracia D. Salomé se encontró con las fuerzas del Gobierno? se preguntaba—¿qué suerte correría mi Homobona? Bah! . . . D. Salomé es valiente y astuto, y es muy difícil lo que pienso—se repetía—para darse ánimo y esperar tranquilo.

A las ocho de la noche mandó ensillar su caballo y ordenó que lo acompañaran dos mozos, para ir á un negocio urgente á Yautepec—les dijo;—pero él pensaba salir rumbo á Oacalco, á informarse, y auxiliar á Salomé. Sin embargo pensó que pudo no ir Salomé esa tarde á cumplir con su encargo, y tuvo la prudencia de no ir á ninguna parte y esperar desesperado hasta el siguiente día. Pasó una noche de insomnios, horrorosa, la duda era su verdugo.

Amaneció, por fin, el día siguiente. La mañana estaba os-

cura todavía; las sombras de la noche no habían cedido por completo el imperio á la luz, y apenas rayaban el cielo los primeros fulgores de la aurora, cuando ya el enamorado D. Eufemio, interrumpía con sus sonoras pisadas en los corredores de la Hacienda, el silencio de aquella noche, que tan crueles pensamientos le había sugerido á su imaginación calenturienta por la pasión y el deseo de ver á su Homobona.

Bajó á los Purgares y se encaminó al cuarto de los mozos para despertarlos é informarse si había regresado el que mandó rumbo á Oacalco, en la tarde del día anterior. Estos le dijeron, que había vuelto dicho mozo como á las once de la noche acompañando á D. Salomé, quien traía una mujer al parecer robada.

—Dónde están? Ese mozo, que me explique todo — gritó D. Eufemio.

Está durmiendo todavía el mozo que fué, pues se desveló un poco. — le contestaron.

Pero dónde está? volvió á gritar D. Eufemio.

—Aquí, señor, aquí está durmiendo—volvieron á contestar los mozos, habían abierto la puerta de aquel cuarto, y le señalaron el lugar onde dormía dicho mozo.

D. Eufemio saltó dentro del cuarto corrió al rincón donde dormía el mozo aquel, y sacudiéndolo fuertemente por un brazo le gritaba — Julián! Julián! . . . Vamos! qué ha pasado á noche? ¿por qué no subiste á darme aviso? Despierta! que ha pasado?

El mozo se despertó sobresaltado, oyó las últimas palabras de D. Eufemio, se sentó restregándose los ojos y contestó: Nada ha pasado. Llegamos, y D. Salomé se metió á su cuarto con la robada y se encerraron . . . ¡Adivine Ud!

Don Eufemio no contestó; no dijo una palabra; salió de aquel cuarto dando saltos, y con el semblante desencajado por la ira, corrió á la habitación que ocupaba Salomé Placencia. Llegó á la puerta, y llamó á puñetazos, pero nadie le contestó. Volvió á golpear más fuertemente, con igual resultado. Lanzó terribles imprecaciones, y terminó diciendo "la vida de los dos!" la vida de los dos será mi venganza, infames! y volvió á dirigirse al cuarto de los mozos.

Ensillen un caballo, voy á Yautepec á un negocio urgente—les dijo con voz temblorosa —y vaya cualquiera á preguntar al portonero, si ha salido ya Don Salomé.

Daban las cuatro de la mañana en el reloj de la Hacienda y tocaban "á faena," y mientras le ensillaban el caballo á D. Eufemio, volvió el mozo con la razón del portonero, de que nadie había salido.

No quiso D. Eufemio que lo acompañara ninguno. Montó á caballo, y al pasar frente á la puerta de la habitación de Salomé, volvió á apretar los puños con rabia, repitiendo entre dientes: la vida de los dos, por la burla que me han hecho infames! y salió fuera de la Hacienda, con dirección á Yautepec, de donde regresó hasta en la tarde.

Véamos nosotros lo que había pasado entre Salomé Placencia y la hermosa Homobona Merelo.

A las diez de la mañana del día que ofreció á D. Eufemio robarla, ya se encontraba en la Hacienda de Oacalco, explorando el terreno, y tomando sus informes reservadamente.

Salomé quería conocer á la joven, y hablarle si era posible antes de llevársela á la fuerza, lo cual le era tan fácil, y se encontró con la noticia de que la Sra. madre de Homobona, pasaba por Médica en la Hacienda, es decir, curandera quien

alguna vez se dignaba ir á ver á los enfermos, cuando le pagaban un peso por la visita.

En el acto se le ocurrió á Salomé que un amigo se fingiera enfermo y otro fuera á suplicar á la señora pasara á reconocer al paciente, dándoles para pagar bien á la curandera por adelantado.

Ya hemos dicho, que tenían un pequeño comercio en el Real de la Hacienda y naturalmente, que mientras la señora salía á sus curaciones, se quedaba Homobona al cuidado acompañada de una sirvienta.

Luego que el enviado puso dos duros en manos de la médica rogándole pasara á curar al enfermo, se apresuró y salió de su casa acompañada de aquel.

Casi inmediatamente entró Salomé en la tiendecita, acompañado de otro individuo y pidieron puros y unas copas de vino, las que apuraron de un sorbo, saliéndose Salomé un momento.

Niña,—le dijo á Homobona el individuo aquel— conozca Ud. al famoso Salomé Placencia.

—Oh! este es? pues no parece hombre malo, como dicen. Oh! no es malo, niña— agregó el individuo,— al contrario, es malo cuando lo hacen enojar ó se oponen á lo que él quiere.

Salomé volvió á entrar y se calló aquel hombre, quien á su vez, se escurrió fuera de la tienda, dejándolo solo con Homobona.

Joven, Ud. se llama Homobona? dispense Ud. la pregunta = le dijo Salomé? con una sonrisa particular.

Esta se puso roja como una amapola, y contestó: Si señor, soy Homobona Merelo para servir á Ud.

Bueno, niña, pues no perdámos el tiempo; tengo encargo de D. Eufemio Avalos, de Atlihuahuan, de robar á Ud. y entregársela, y me alegro que se haya dirigido á mí, que

puedo evitarlo, si usted no lo quiere. Dígame con franqueza si estará Ud. contenta con él, y si Ud. lo ama y le ha dado palabra de casamiento y siendo así, irá Ud. segura conmigo y la llevaré con D. Eufemio.

— ¡Jesús me valga! — exclamó Homobona — ¿yó,irme con D. Eufemio? ni lo pienso, ni lo quiero. Se ha encaprichado en que me vaya con él, y hace ocho días, que por eso, hemos terminado nuestras relaciones.

Homobona hablaba con voz balbuciente, y de roja al principio, se había puesto intensamente pálida. Estaba más hermosa.

Bueno, niña— agregó Salomé, no se irá Ud. con él; pero le diré una cosa, ya no está Ud. segura en esta casa, ni en ninguna otra, D. Eufemio pagará á otros hombres y éstos se la robarán á Ud. sin miramientos, y quien sabe si hasta la maltratan y atropuyen. Sólo yo puedo poner á Ud. en lugar seguro, si no tiene voluntad de que la lleven con D. Eufemio resuélvase usted.

—Pues no, señor, no tengo voluntad de irme con D. Eufemio.

—Piénselo Ud. bien, niña y no olvide que otros vendrán á robarla, si no quiere que yo la salve. Lo sentiré mucho, pues es usted muy hermosa— volvió á decir Salomé.

Esta, volvió á enrojecerle el semblante, y contestó: Mire Ud. señor, voy á pensar lo que debo hacer, y le avisaré á Ud.

—Está bien ¡linda! volveré al oscurecer para que me diga lo que haya Ud. pensado.

—Venga Ud. mejor como á las nueve de la noche, que hayamos cerrado aquí, y que mi mamá ya duerma, para que no sepa estas cosas, y le resuelva yo. Reniego de D. Eufemio terminó diciendo con un hermoso mohín.

Gracias, ¡mi vida! estaré por aquí á la hora que Ud. manda.

El individuo que llegó con Salomé á la tienda, volvió á entrar en esos momentos, pidieron unas cajas de sardinas; pan, queso, y una botella de catalán, y Salomé sacó un puñado de pesos, como veinte ó treinta, los puso sobre el mostrador, saliéndose ambos, sin hablar una palabra más.

Debemos decir, que Salomé estuvo,—dado su carácter,—galante y tierno en exceso con aquella joven, y esta, más que huraña, tal vez hasta amable y dulce en su última respuesta.

Homobona veía atentamente á Salomé de arriba á abajo y pensaba, en no se qué, que no se dió cuenta del dinero que quedaba sobre el mostrador, hasta que aquellos hombres hubieron salido. Entonces sintió vergüenza de su distracción, quiso gritarles para devolverles lo que sobraba del importe de lo que habían comprado, pero no pudo, y se sintió clavada en su sitio. Se conformó, pensando que en la noche, le devolvería el sobrante al hombre aquel, y tomó el importe de los efectos pedidos; guardando el resto en un papel.

Poco después llegó muy contenta la madre, de su visita al enfermo; y encontró que su hija se sentía un poco indispuesta, y que deseaba retirarse á su pieza. La madre le examinó, dijo que era una ligera jaqueca, que se le quitaría acostándose un rato, y ordenó á Homobona se fuera á la cama.

La joven se encerró en su cuarto, pues lo que deseaba, era estar sola, con los muchos y encontrados pensamientos que la asaltaban.

Por una ventanilla alta y enrejada que tenía su pieza, y que daba á un pequeño jardín, se puso á contemplar ensimismada el pequeño pedazo de cielo que podía verse, sentada en su cama.

Qué poca delicadeza tiene ese hombre, Don Eufemio que

paga por que me roben y me lleven á la fuerza con él. ¡Lo creía más caballero! Si conforme no lo quiero, lo quisiera, esto que intenta de que me roben, bastaría para aborrecerlo.

¡Cuánto me alegro de haber conocido á ese Don Salomé Placencia, de quien he oído tantos actos de valor. ¡Oh! si de veras tuviera yo su protección! —siguió diciendo.—Después se quedó pensativa un momento.

Se fué violentamente á una mesita; sacó de un cajón un pliego de papel de cartas y un lápiz y se puso á escribir. Sí, —dijo en voz alta—debo reprocharle su conducta, decirle lo que se merece y cuál es mi resolución.

En efecto, escribía una terrible carta á D. Eufemio y luego que la terminó salió de su cuarto violentamente y la entregó á la sirvienta, ordenándole la llevara al correo de la Hacienda.

Hay que advertir que la giierra, como le decían las gentes de aquella finca, era de un carácter violento, y como todas las mujeres, tenía en alto grado la mansedumbre del gato y las ferocidades de una leoncilla. En el cielo hermoso de sus ojos, fulguraban de cuando en cuando relámpagos de infierno.

Regresó á su pieza después de mandar aquella carta que ya tendremos ocasión de conocer. Volvió á sentarse en la cama, como cuando entrara la primera vez y externaba sus pensamientos en voz muy baja, diciendo: Es horrible! si ese D. Salomé, me dice que me han de llevar donde quiera que yo esté, es porque lo sabe bien. Sé muy bien, que él es el jefe de todos esos hombres y si acepta mis condiciones, puedo decirle que me proteja como me lo ha ofrecido. ¿Deberé comunicarle todo á mi madre? Sí, que sepa la verdad y que no se aflija y me dé sus consejos, si nó me convienen, sobra tiempo para desobedecerlos.

Hablaré con ella después de que cierre la tienda,—y ya más tranquila se recostó en su cama.

Pocos momentos después, la madre le tocaba la puerta, diciéndole: abre hija, quiero ver como te sientes.

Homobona se levantó lentamente y fué á abrir la puerta. ¿Cómo te sientes hija,? ¿ya estás mejor?—le dijo, entrando.

Ya me pasó la jaqueca, madre, pues me siento bien—contestó Homobona.

Yo creía que seguías mala y ya cerré la tienda para venir á curarte, además, que la venta fué buena hoy y ya sabes hija, que yo no soy ambiciosa. Encontré dentro del cajón como diez y siete pesos en un papel ¿esos de qué fueron que los envolviste?

Homobona había olvidado guardar en otro lugar el resto del dinero que Salomé había dejado sobre el mostrador, al pagar y que pensaba devolverle.

Madre,—dijo ella sin vacilar,—precisamente pensaba en contarle á Ud. todo lo que ocurrió mientras Ud. fué á ver al enfermo. Ese dinero del papel, es de Salomé Placencia.

La señora dió un salto, asustada. ¿Qué dices? ¿Estuvo en la tienda Salomé Placencia? ¡Jesús nos ampare, hija...!

Cálmese Ud., madre, le contaré á Ud. todo y no se alarme, pues parece un hombre bueno ese señor y no nos hace ningún mal y bien puede hacernos un bien, es decir á mí.

Cuenta, dime pronto lo que ha pasado, ¿á qué vino? ¿lo sabes?

Homobona refirió detalladamente todo, repitiendo exactamente cuanto le dijo Salomé y lo que le ofreció.

Por todo esto, madre, comprenderá Ud. mi situación y que no nos queda otro remedio, que aceptar los favores que me ofrece para librarnos de peores cosas de los demás bandidos.

¿Y si es un engaño y un plan lo que te dijo ese hombre? Madre,—repuso Homobona—piense Ud. en una cosa, que

ese hombre pudo venir con los suyos y llevarme por la fuerza, sin preguntarme nada, ni importarle mi voluntad. Esto revela su buena fé y sinceridad en cuanto me ha dicho. Yo no quería que Ud. supiera nada, para no aflijirla, y le dije que viniera á las nueve de la noche á saber mi resolución, cuando Ud. durmiera; pero lo esperaremos las dos á esa hora, lo conocerá Ud., y nos resolveremos.

Bueno hija mía, bueno,—dijo la madre—has pensado bien, las dos le hablaremos que nos salve; así lo permita María Santísima de Guadalupe!

Siguieron censurando la acción de D. Eufemio, único culpable que había originado aquellos peligros y zozobras. Cenaron tristes y meditabundas, especialmente la madre, y se fueron á la tienda á esperar las nueve de la noche para hablar con D. Salomé. Mientras hicieron un balance á la memoria de lo que contenía aquel tendajón, para saber lo que perderían en un robo de aquellos bandidos.

Poco antes de las nueve de la noche llegó un tropel de caballos á las puertas de la casa. La señora comenzó á temblar asustada; pero Homobona con una entereza impropia de su edad, se fué á abrir una puerta, y preguntó en la oscuridad.—¿Ya está Ud. ahí, D. Salomé?

Valiente muchacha! dijo una voz, y Salomé adelantó el caballo respondiendo,—ya estoy aquí á sus ordenes, linda joven.

Bájese Ud. del caballo y entre á la casa para que hablemos juntos con mi madre.

Salomé se sorprendió de aquel nuevo arreglo. Recordaba que ella misma le había suplicado fuera á las nueve cuando ya estuviera durmiendo la madre. Pensó en una traición, pero era hombre arrojado hasta la temeridad y así es, que sin vacilar bajó del caballo con sus pistolas y su machete á la cintura, y el mosquete en la mano y entró á la tienda. Ha-

bía dado las riendas de su caballo á uno de los que lo acompañaban, diciéndole algo en voz baja.

Si Ud. quiere, señor, que quede la puerta abierta, al fin los demás cuidarán.

Aquella especie de reproche tan dulce, quizá en relación con la desconfianza de Salomé, picó algo su amor propio, pues se volvió un paso y cerró y atrancó la puerta, diciendo: Así estaremos más seguros, bella joven

Tenían luz en la tienda; Salomé vió á la señora que tenía una cara espantada y le dijo:—No se asuste Ud. señora, nada malo pasará á su linda hija, ni á Ud.

Señor, balbutió la madre de Homobona—estoy enterada de los peligros que le busca á mi hija, ese cobarde de D. Eufemio, sálvela Ud., confío yo en que será Ud. el defensor de estas dos pobres mujeres que no le hacen mal á nadie.—Homobona sollozaba cubriéndose la cara con las manos.

Algo raro para un corazón de bandido, sintió Salomé en el suyo, se había sentado sobre el mostrador y puesto ahí su mosquete y al oír esto y ver que la joven sollozaba, saltó hacia donde estaba sentada la señora, le dió un abrazo cariñoso y le dijo: señora, le doy á Ud. mi palabra de hombre de que nada le pasará á su hija; pero quiero salvarla de otros que vengan aquí sin que yo lo sepa, pues los míos la respetarán. Me ha simpatizado y la amo, pero á nada la obligaré si ella no puede quererme.

Haga Ud. lo que guste, señor, llévela y sálvela, confío en su palabra.

Sí, vamonos, — agregó Homobona—lléveme con Ud. donde esté segura.

En mi casa, contestó Salomé, y la llevaré si Ud. queda tranquila señora.

Si, quedo tranquila, pues va con Ud. ¿y podré ir á verla?

Si Ud. manda señora; el domingo se reunirán en Yautepec, y se pasará Ud. á vivir allá con ella ó en Atlahuayan.

Vámonos hija, llévate lo preciso y que Dios te bendiga.

Homobona entró al interior un momento y salió con una pequeña maleta en la mano y puesto su rebozo.

Antes de marchar, trataron de entregar á Salomé el sobrante de su dinero, pero insistió en que se le quedara á la señora, agregando.—Nada le faltará á su hija, ni dinero ni ropa.

Madre é hija se dieron un abrazo, despidiéndose hasta el domingo.

Montó Salomé á la joven en un caballo que llevaba preparado y emprendieron toda rápida marcha.

Ya sabemos que á las once de la noche llegaron á Atlahuayan. Los compañeros se quedaron en las casas del "Real" y Salomé con su preciosa carga, entró á la Hacienda, dirigiéndose á su cuarto.

Entregó los caballos á su mozo particular y se metió con Homobona á su cuarto.

Encendió luz; le dispuso su cama para ella; le rogó que se acostara para descansar, que ella aceptó, pues venía magullada por el caballo y él se retiró al rincón opuesto, echándose de espaldas en un petate y con sus armas al alcance de su mano.

Esta fué la primera noche que pasó junto á la mujer que lo acompañaría toda su vida, que alguna vez le curaría sus heridas, que aprendería también el manejo de las armas para defenderlo y que le sobreviviría muchos años.

El amor se desarrolló rápidamente entre ambos. No parecía, sino que habían nacido el uno para el otro.

Pero al siguiente día que amaneció, cuando D. Eufemio se condenaba aceptando los pensamientos criminales de la

vulgaridad, su ex-novia se encontraba casta y pura como las vírgenes Vestales, y sin zozobra en su conciencia sin mancha, pues le había escrito los duros reproches que merecía su conducta violenta y criminal.

Salomé amó á la joven luego que la conoció, y como había comprendido la burla inícuca que de ella quería hacer D. Eufemio, inclinó los acontecimientos en otro sentido, pero no faltó á su hombría de bien.

A las seis de la mañana salió de su cuarto sin hacer ruido para no despertar á la joven y se encaminó en busca de D. Eufemio, pero no quiso que se asustase su huésped y pensó esperar la ocasión, al siguiente día, para darle cuenta de su encargo.

Si hemos dicho que Salomé tenía habitación dentro del casco de la Hacienda; también diremos que fuera de ella y en el Real, tenía su casa donde habitualmente vivía; así es, que no apareciendo D. Eufemio, regresó al cuarto encontrándose ya despierta á la joven Homobona á quien invitó al desayuno. Salieron para la casa que Salomé tenía en el Real con toda clase de servidumbre, poniendo todo esto á las órdenes de la joven, y diciendo que se le sirviera en todo y la respetaran y atendieran como á él mismo.

Como á las cuatro de la tarde regresó D. Eufemio de Yau-tepec, con un humor negro. Había recibido la carta de Homobona y los duros reproches y verdades que contenía, lo habían exasperado más.

Iba á tomar informes de Salomé, cuando vió á éste que llegaba dirigiéndose á él.

Lo he buscado á Ud. todo el día, D. Eufemio, venga conmigo para que se despida de quien Ud. sabe; por de pronto tenga sus cien pesos; y no me vuelva á hacer encargos de robar mujeres, pues también soy hombre y no me agradan

mucho esas comisiones. —Esto se lo decía Salomé con tono amistoso.

Don Eufemio no contestó, sin embargo de su enojo, no se atrevía á pelear con aquel hombre terrible. Recibió los cien pesos en las mismas monedas que él diera, y le volvió la espalda mudo de cólera, alejándose de Salomé. Este le dijo. —No es mía la culpa D. Eufemio, sino de quien no hace sus negocios personalmente.

Salomé salió de la Hacienda con dirección á su casa, en el Real.

Don Eufemio volvió á montar á caballo y se fué para Yau-tepec, sediento de venganza. Buscó al Comandante Militar de la plaza que estaba todavía en poder del Gobierno reaccionario y le dijo: —Señor, vengo á comunicarle que el bandido Salomé Placencia, se encuentra en estos momentos en una de las casas de la Hacienda de Atlihuayan y esta noche puede Ud., si gusta, apoderarse de él.

Tengo órdenes de acabar con ese hombre y con todos los suyos, pero es preciso no alarmarlos sin conseguir el objeto. Si Ud. quiere prestar un servicio á la sociedad y al Gobierno, espíe Ud. sus movimientos y en segura ocasión, déme aviso, y recibirá quinientos pesos de gratificación.

—No, señor, no lo hago por interés de dinero.

Convinieron aquellos dos hombres en el pronto exterminio de Salomé. El uno obedecía al deber, sin rencores ni pasiones. El otro era impulsado por los sentimientos más viles de los cobardes.

Aunque Salomé pasaba el día fuera de la Hacienda de Atlihuayan en sus correrías, cuando dormía ahí siempre lo hacía en su cuarto, dentro del casco de la Hacienda, pues el dueño de la finca había ordenado se le diera habitación y

cuanto pidiese, con el fin de tener sus intereses seguros de todo peligro, como realmente lo estaban.

No habían pasado ocho días, desde el ofrecimiento que hizo D. Eufemio al Comandante Militar en Yautepec, cuando una noche en que dormía tranquilo Salomé, en compañía de Homobona, en su cuarto de la Hacienda, ésta fué circunvalada por infantería y caballería del Gobierno reaccionario. Se habrieron los portones y penetraron dos compañías, que se distribuyeron por todas partes, dirigiéndose diez soldados y el jefe á la puerta del cuarto donde dormía Salomé, golpeando fuertemente y ordenando imperiosamente que abrieran la puerta "á la autoridad".

Despertóse Salomé, vistiéndose de prisa, pero sin sobresaltarse. Homobona se levantó también, y se vistió asustada.

El primero le dijo: Son soldados del Gobierno, y esto es la venganza del cobarde de D. Eufemio. Tal vez me maten, pues es difícil que me escape. Mira—le dijo señalándole una cajita—llévatela, que no te la roben, tiene quinientos pesos en oro y no tengo aquí otra cosa que dejarte, si me escapo te veré allá fuera en la casa que conoces. Ahora párate, aquí junto á la puerta para que no te toque un balazo,—y la colocó en el rincón del cuarto del lado de la puerta.

Se puso las pistolas en la cintura, cogió su mosquete en una mano y en otra su machete y se dispuso á abrir la puerta.

Durante estos rápidos preparativos de Salomé, habían seguido los golpes á la puerta furiosamente; y como la noche estaba completamente oscura, tenían varias linternas diseminadas por el patio. El cuarto estaba más oscuro aún, que afuera, pues á la indecisa claridad de las estrellas, siempre se veía un poco.

Allá voy! les gritó Salomé y á este grito, los soldados que

apuntaban con balloneta calada, se hicieron á un lado, como si esperasen la salida de una fiera. Abrió la puerta y les dijo con entereza: ¡Entren!

Nadie se movió y el jefe ordenó que saliera pronto.

Pudo Salomé desde el fondo oscuro del cuarto, distinguir en la penumbra del exterior, los bultos de varios hombres, á tres ó cuatro pasos de la puerta. Hizo fuego con su mosquete sobre uno de ellos, quien rodó por el suelo, é instantáneamente hicieron fuego sobre la puerta todos los demás; pero en el momento que disparó, se había arrastrado por el suelo como una serpiente, y había hecho girar su machete por los pies de los soldados, hiriendo á varios.

Corre velozmente por un lado; le disparan por otro y se arma una gran confusión entre los soldados, que corren de acá por allá, siguiéndole la pista y disparándole sus armas sin precisar la puntería, pues apenas vagamente se distinguen los bultos á diez pasos de distancia. Trata de salir por un caño, pero distingue la caballería en el exterior y se regresa, encontrándose que corren soldados hacia ese lugar, se arroja sobre el que va más cerca de él y lo deja tendido de un machatazo en la cabeza. Gana la huerta que está por el lado del cerro; sus tapias no son muy altas, las escala con el machete en los dientes y sus pistolas en la cintura que no ha disparado por no indicar su pista y por fin, se arroja al campo, perdiéndose luego en el monte del cerro, cuyos breñales llegan hasta las tapias de la hacienda. ¡Salomé se había salvado milagrosamente!

Los soldados siguieron sus pesquisas dentro de la Hacienda, hasta ya muy claro el día. Todo lo registraron inútilmente, pues al perderse Salomé en la huerta, no supieron más de él.

Se llevaron presa á Homobona, quien no olvidó su dine

ro y á quien puso en libertad el Comandante Militar, después de informarse de su vida y motivos por los que vivía con Salomé.

Don Eufemio huyó del rumbo de Yautepec, yéndose á Cuernavaca y colocándose otra vez de dependiente en la Hacienda de Treinta.

Un mes después de los acontecimientos que acabamos de referir, se verificaba el rapto de una joven en dicha Hacienda por cuatro plateados.

Los vecinos y dependientes de la mencionada Hacienda, unidos y armados en número de cuarenta, salieron persiguiendo á los raptos, con intención de darles alcance y matar á los cuatro atrevidos bandidos que en tan corto número, se habían arrojado en pleno día y en finca tan poblada á cometer dicho rapto.

Entre los perseguidores, iba D. Eufemio Avalos, sediento de matar plateados. Los raptos no se daban mucha prisa por huír y los llevaban siempre á la vista y no muy lejos.

Intempestivamente se vieron rodeados y atacados por un gran número de bandidos, (cerca de cien), quienes les habían puesto una emboscada á los de Treinta. Estos, se devuelven en precipitada fuga, mueren como quince de ellos y varios heridos y D. Eufemio queda también muerto á machetazos por el mismo Salomé Placencia, promotor de aquel plan de venganza.

Tras de los fugitivos vienen de nuevo los cuatro plateados con la joven raptada. Llegan con ella hasta las primeras casas de la hacienda, la bajan del caballo, le dan "las gracias" y uno de ellos le arroja un cartucho con dinero, diciéndole: "vaya, chata, tenga para que se le quite el susto," y regresan á galope á unirse con sus compañeros.

Este fué el sangriento epílogo con que terminaron las

consecuencias de los arranques pasionales de D. Eufemio Avalos por la hermosa virgen de Oacalco.

Lo llevaron sus violencias á un fin desastroso y más que sus violencias sus traiciones y vilezas.

CAPITULO III.

Los Imitadores de Luigi Vampa en México, y sus Maestros.

AL terminar el primer tercio del siglo pasado, radicaban en el Estado de Morelos dos terribles bandidos que cometieron un sin número de depredaciones, Fidemio "El Zarco" y Blas Guadarrama, éste último vecino en el pueblo de Jantetelco del hoy Distrito de Jonacatepec.

Con halagadoras promesas, reclutaban gente en dicho Estado, principalmente jóvenes y con el pretexto de comerciantes contrabandistas, hacían grandes correrías por los Estados de Puebla y de Veracruz, cometiendo asaltos y asesinatos en el camino Nacional de México al Puerto.

Robaban cuanto encontraban á su paso; dinero, mercancías, mulada y caballada, etc. y aun compraban con valiosos obsequios á los jefes de los resguardos del contrabando del tabaco, engañándolos como comerciantes honrados.

Vendían, distribuyendo sus cuantiosos robos por todas las poblaciones de alguna importancia, en los que hoy son Estados de Morelos y Guerrero.

En los viajes en que el tabaco y los robos en despoblado no daban las utilidades que se proponían sacar, se robaban á los hombres ricos, con el pretexto de que eran sus denun-